
LA REPRODUCCION DEL SISTEMA IDEOLOGICO NACIONALISTA

Julio Cabrera Varela

Universidad de Santiago de Compostela

RESUMEN. El objeto del presente escrito es una reflexión sobre el proceso de reproducción del discurso nacionalista. El grueso de la misma es uno de los resultados de una investigación recientemente realizada en la que se analizaron en profundidad los niveles de significación y manifestación del sistema ideológico del nacionalismo gallego actual¹. Sin embargo, creo que es posible extrapolar el modelo que ahora se presenta a todo nacionalismo del mismo carácter, esto es, los nacionalismos periféricos, en lo político, surgidos dentro de los Estados-Nación occidentales y caracterizados por un fuerte componente étnico como soporte de la reivindicación nacional. Primeramente se aborda, de manera sintetizada, la lógica dominante en la constitución del núcleo ideológico del discurso nacionalista. Seguidamente se propone un modelo comprensivo del proceso de producción, consumo y reproducción del sistema ideológico nacionalista.

1. LA NACION Y EL SISTEMA IDEOLOGICO NACIONALISTA

La conceptualización inicial de la nación como un fenómeno social consistente en una particular representación de la realidad² —«evidencia social»— «construida» sobre un «modo nacional de organización»³, nos conduce a una doble consideración: a) la nación es conceptualizada como

¹ J. CABRERA VARELA, *Intelectuales y cuestión nacional en Galicia*, Santiago, 1991, tesis doctoral.

² A. PÉREZ-AGOTE, *La reproducción del nacionalismo. El caso vasco*, Madrid, CIS, 1984.

³ J. R. RECALDE, *La construcción de las naciones*, Madrid, Siglo XXI, 1982.

un fenómeno propio del campo de las identidades colectivas, y *b*) es el nacionalismo quien concreta como nación a una colectividad caracterizada por un «modo nacional de organización» previo: el nacionalismo precede a la nación.

Entendido desde estos parámetros, el nacionalismo debe ser concebido como una práctica ideológico-política consistente en la reivindicación del carácter de nación para una comunidad, y cuya pretensión es la instauración de dicha definición como «evidencia social mayoritaria» en pugna con otra evidencia social que tiende a negarla. La labor del nacionalismo presenta entonces una doble función: *a*) la concreción de la nación mediante la definición de los elementos diacríticos (fronteras interiores) que caracterizarán a la comunidad (labor cultural, fundacional), y *b*) la explicitación de dichos elementos en un mensaje político dirigido a la comunidad (labor política, parenética) con la finalidad de su asunción mayoritaria y cuyo éxito depende de su capacidad de penetración.

Sobre esta base parece pertinente la consideración del nacionalismo como un proceso de producción, transmisión y consumo de significaciones ideológicas en el seno de la comunicación social. Esto es, será entendido como un «sistema ideológico», consistente en un «*modelo finito o cerrado que expresa las restricciones a que está sometida la emisión de cualquier mensaje que forme parte de ese conjunto*»⁴.

Dicho sistema ideológico se conforma como un «sistema semiológico segundo», esto es, un sistema semiológico edificado a partir de una cadena semiológica previamente existente, adoptando así la estructura de un mito, según fue caracterizada por R. Barthes⁵. Sintetizando, diríamos que la lógica semiológica que domina la producción y el consumo de mitos se basa en una sobredeterminación que el «concepto» (el *significado* de la segunda articulación) realiza sobre la «forma» (*significante* de la segunda articulación consistente en el signo de la primera vaciado de su historicidad, tomado en su pura forma) naturalizándola.

El concepto es entendido como el móvil que hace proferir el mito, diríamos que se trata de la «voluntad significativa», que en el caso que nos ocupa se traduce por «nacionalidad», entendida como voluntad de significación nacional, al igual que se puede emplear «racionalidad» o «modernidad». La forma se constituye sobre el vaciamiento de un sentido previamente dado; el concepto aleja del sentido toda contingencia e historicidad y sólo resta la pura forma, la letra. Es en este juego constante —este «torniquete», en expresión de Barthes— entre el concepto sobredeterminando a la forma y ésta legitimando al concepto (gracias a su permanente reserva de sentido) como se constituye el mito, la «significación del sistema

⁴ E. VERÓN, «Condiciones de producción, modelos generativos y manifestación ideológica», en Verón (ed.) *El proceso ideológico*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1971, pp. 251-292.

⁵ R. BARTHES (1957), *Mitologías*, Madrid, Siglo XXI, 1957.

semiológico segundo». El mito aparece así como un valor, y como tal es consumido: no es ni verdadero ni falso, ya que la causa que hace proferir el mito, el concepto, se oculta tras la forma y aparece él también como natural. En este juego de sobredeterminación semiológica el concepto consigue invertir el orden genético y hace aparecer a la forma como si fuese ella la que funda el concepto y, por ende, la significación, el mito.

Tal es la argumentación nacionalista⁶: sabemos que el nacionalismo (el concepto en nuestro esquema) precede a la nación (el mito), que es él quien la predica; sin embargo, en su argumentación, la nación aparece como «ya existente» (la etnia deja constancia de ello) y el nacionalismo como su consecuencia.

De esta forma, el mito, que como toda articulación segunda consiste en un sistema de valores, es tomado por su consumidor como un sistema de hechos. De ese proceso reificador derivan dos funciones que «justifican» el mito: el mito designa, nombra y deja constancia de una realidad, por una parte, y, por otra, esclarece, reduce la complejidad de lo real haciéndolo más asequible, más «consumible». De ahí la fuerza connotativa del mito, que pierde en profundidad lo que gana en capacidad empática.

El mito, como sabemos, tiene vigencia gracias a su funcionalidad⁷. Así hemos de considerarlo no como una «invención», mejor o peor intencionada, sino como una particular respuesta ideológica a un determinado estado de cosas. En el caso del mito-nación, éste consiste en un modelo generativo de comunicación social cuya génesis de significación ideológica reside en el «modo nacional de organización». Pero el mito no agota ahí su funcionalidad. Como dijimos, el proceso ideológico es entendido como producción, comunicación y consumo de significaciones, cuyo éxito depende de su asunción generalizada; en este sentido, el mito político cumple tres funciones capitales: a) «Esclarecimiento», el mito concreta y resume en una imagen la confusa complejidad de lo «real», simplificándola y presentándola como «natural». Funda así un «universo de sentido» que integra la totalidad de esquemas interpretativos necesarios para que la «realidad» aparezca como coherente e incuestionable. Esta «evidencia social» incluye como sus referentes un complejo conjunto de elementos diacríticos que constituyen su «mitologema» y fundan los diversos estereotipos. b) «La integración», resultado del consumo colectivo del mito y la internalización de los rasgos propios del mitologema. Se produce así la identificación endogrupal, con su fenomenología sociológica característica, sobre la base del «universo de sentido» generado por el mito. c) «La movilización». La capacidad empática del mito, cuyo consumo «funda ontológicamente» al sujeto, aporta fe, fuerza y esperanza en la defensa y reivindicación del mito. El mensaje

⁶ Para una mayor profundización, consultar CABRERA, *op. cit.*

⁷ BARTHES, *op. cit.* También, M. GARCÍA PELAYO, *Los mitos políticos*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.

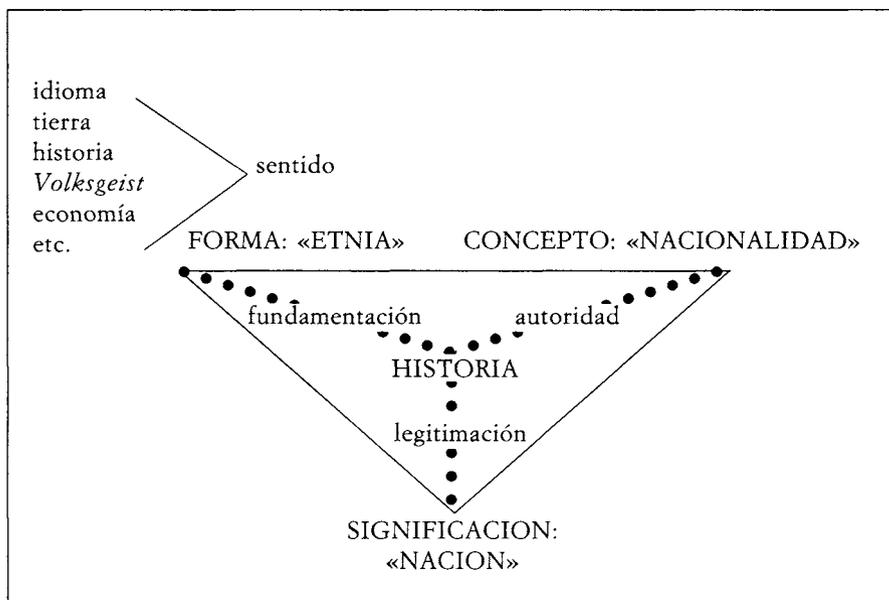
mítico comunica la realización de una «misión», de ahí que el discurso mítico tenga siempre un fuerte componente parenético.

Sobre estos supuestos se puede analizar la estructura profunda del sistema ideológico, considerando que el núcleo fundacional del discurso nacionalista se estructura formalmente como un mito y que ello explica su capacidad connotativa, generadora de realidad.

Así, la significación nacionalista, la nación, es el resultado del referido juego de sobredeterminación y legitimación establecido entre concepto y forma. El núcleo fundacional del nacionalismo étnico se articula sobre dos elementos: la etnia, tomada como «forma» y que se expresa en los elementos del mitologema étnico (los elementos diacríticos, o genético-estructurales, invocados como propios de la comunidad: idioma, tierra, *volksgeist*, tradición, historia diferencial, etc.), y la nacionalidad, entendida como concepto, esto es, como voluntad de significación nacional. Esta, lejos de presentarse como «voluntad política», adopta la forma de una «eticidad social» resultante del «descubrimiento» de la «evidencia nacional» puesta de manifiesto por las fronteras interiores. De esta forma se oculta tras la naturalizada etnia (es ésta la que aparece como causa de la voluntad) y sufre ella misma un proceso semejante de naturalización, de reificación. La nación «ya es», su manifestación es la etnia, y la voluntad se presenta como una militancia, como un compromiso con la nación, transformándose así en «voluntad étnica».

De entre los diversos componentes del mitologema étnico, uno de ellos, la historia diferencial, juega un papel preponderante en la articulación del mito nacional (gráfico 1). La historia, conceptualizada siempre como «historia diferencial o autónoma», cumple una triple función interna en la lógica mítica que domina la concreción nacional de la comunidad. En primer lugar, «fundamenta» a la etnia: los rasgos diacríticos se constituyen y manifiestan históricamente desde tiempos inmemoriales; pero al mismo tiempo el diferencialismo histórico se pone de manifiesto, precisamente, en la pervivencia de dichos rasgos (efecto realidad). Se produce así un círculo vicioso, o tautológico, entre estos dos conceptos, sin que ello suponga una contradicción para el consumidor del mito, ya que, como señalamos, ambos son tomados como pura forma, esto es, naturalizados y despojados de cualquier contingencia; en otras palabras, en este momento del discurso consisten en símbolos compactos. Por ello, la historia ha de ser necesariamente «historia autónoma», porque es exclusivamente la historia de las fronteras interiores, sujeta sólo a causaciones endógenas (cualquier agencia exterior será conceptualizada como contingencia histórica que no afecta a la «sustancialidad» de la nación); la historia da cuenta de la perennidad de los elementos diacríticos y éstos sirven de elemento legitimador del diferencialismo.

GRAFICO 1

Centralidad de la Historia en la estructura del mito-nación

En segundo lugar, la historia aporta a la comunicación del mensaje nacional un elemento de autoridad fundamental. Quien profiere el mito nacional lo hace desde la «autoridad» que da la altura de la consideración histórica. Si la voluntad de significación nacional (el concepto) se ocultaba tras la forma, invirtiendo la cadena causal de la significación, ahora desaparece totalmente mediante el recurso a la historia. Ya no se trata de una voz guiada por un sentimiento de «eticidad» o compromiso quien profiere el mito, *ahora es la Historia (con mayúsculas) quien habla en su discurso*, que por lo mismo ya goza de «objetividad». El discurso nacionalista queda así autorizado.

Finalmente, la Historia legitima la significación mítica, la nación misma, el mito. La nación es tal porque se constituye a lo largo de una historia diferencial milenaria; pierde así su contenido político y aparece como algo ya dado, perenne y primordial a la vez, que únicamente hay que «descubrir».

Queda así constituido el núcleo fundacional del nacionalismo. En él se explicitan las «restricciones» a que estará sometida la emisión de cualquier

mensaje que se reclame como nacionalista. Este núcleo fundacional, o genético-estructural⁸, adopta la forma de un «núcleo firme»⁹ cuya característica fundamental es su irrefutabilidad. Ello es así gracias a la capacidad connotativa del mito: éste, en su producción y consumo, genera un universo de sentido nuevo y con él las condiciones mismas de su emergencia —reflexividad¹⁰—. El mito genera la realidad que nombra como fenómeno social. Es un valor y, como tal, no es ni verdadero ni falso, ningún conocimiento propio de otro universo de sentido puede afectarle —asunción incorregible¹¹—. Con él se instaura una nueva «evidencia social» y toda comprensión de la realidad, incluida la del que lo consume, se hará desde el lugar privilegiado que marcan sus coordenadas.

Por todo ello, para el nacionalista, la nación no es algo a construir; es una «realidad ya dada» que se «descubre» y se «asume». Sólo quien consume el mito está legitimado como «nacional», y sólo quien lo reivindica lo estará como «nacionalista». Tales son las restricciones ideológicas que regulan la producción de cualquier discurso que se reclame nacionalista, tal es la estructura profunda del sistema ideológico nacionalista.

2. LA DOBLE ARTICULACION DEL SISTEMA IDEOLOGICO NACIONALISTA

Hemos visto cómo el núcleo fundacional del discurso nacionalitario se constituye en torno a dos elementos fundamentales dentro de la articulación mítica a que nos venimos refiriendo: la etnia, que permite codificar el mito como étnico-nacional, y la historia, que, con sus tres funciones, autoridad, fundamentación y legitimación, articula la pragmática del mito. Pues bien, si queremos considerar ahora el discurso nacional no sólo en sus aspectos estructural-fundacionales, sino desde la perspectiva de la reproducción del discurso, del consumo del mito, hemos de buscar un modelo dinámico que dé cuenta de las diversas articulaciones discursivas presentes en el «contexto de sentido» generado por la asunción mítica.

El mito, en cuanto valor resultante de un proceso de «descubrimiento», y por ello irrefutable, tiene, como vimos, un carácter interpelativo¹². Por

⁸ R. MAÍZ, «Volkgeist vs. Raza: O concepto de nación en Castelao», en BERAMENDI y VILLARES, *Actas Congreso Castelao* (1986), Universidade de Santiago de Compostela, 1989, pp. 237-279.

⁹ LAKATOS, *Historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales*, Madrid, Tecnos, 1974.

¹⁰ M. POLLNER, «Mundane Reasoning», en *Philosophy of Social Sciences*, 1974, 4, 1, págs. 35-54.

¹¹ M. POLLNER, *op. cit.*

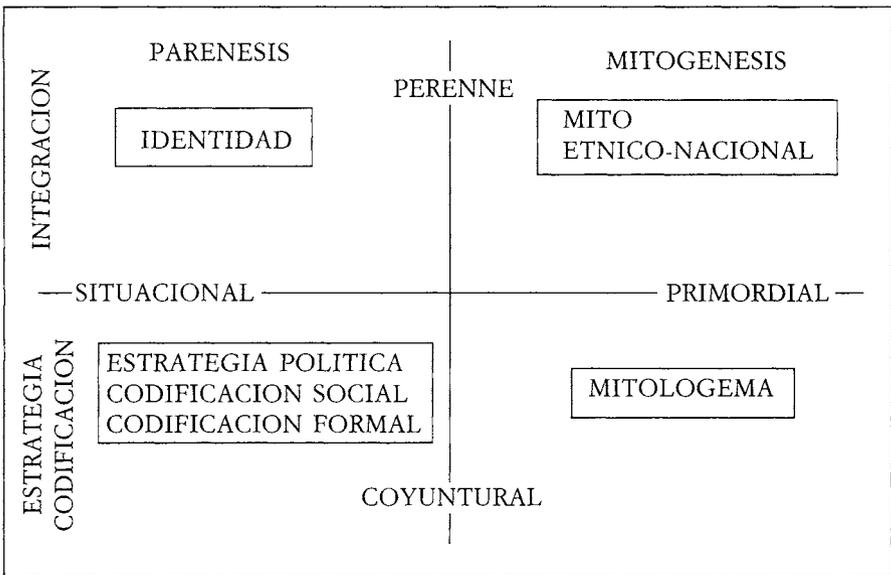
¹² BARTHES, *op. cit.*, p. 216.

ello, su reproducción y consumo adopta la forma de una exhortación al reconocimiento de la «nueva» evidencia social y al compromiso con lo que este nuevo contexto de sentido implica: identificación y nueva codificación de la realidad, descubrimiento de las fronteras interiores (étnicas), codificación social de la estructura interna (yo colectivo) y estrategias de defensa de dichas fronteras. Se trata, por tanto, de un «proceso social parenético»¹³ que cumple las tres características que antes señalamos como propias del mito: la integración (cohesión identidad), la movilización (acción y estrategia políticas) y el esclarecimiento (codificación social). Estas tres funciones se corresponden con otros tantos elementos discursivos integrados en un modelo complejo y dinámico que nos permite comprender el sistema ideológico de reproducción de los discursos nacionalistas, articulados en torno a los dos elementos míticos fundamentales: la etnia y la historia.

Ciertamente, como señala Ruiz Olabuénaga siguiendo a Smith¹⁴, hablar

GRAFICO 2

Doble articulación del sistema ideológico nacionalista
(Desarrollado a partir del propuesto por Ruiz Olabuénaga, 1981)



¹³ J. I. RUIZ OLABUÉNAGA, «Reproducción étnica en el País Vasco: dinámica y proceso», en A. Pérez-Agote (ed.), *Sociología del nacionalismo*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1989, p. 138.

¹⁴ A. D. SMITH, *The Ethnic Revival in the Modern World*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

de lo étnico nos coloca en la coordenada *primordialidad-situación*, al tiempo que hablar de reproducción y de historia diferencial nos obliga a situarnos en la coordenada *perennidad-coyunturalismo*. De acuerdo con esta doble articulación del discurso, habría que distinguir entre las siguientes dicotomías (gráfico 2): los elementos más claramente primordialistas, específicamente mitogenéticos, frente a los más situacionales, fundamentalmente mitocodificadores y parenéticos, por lo que respecta a la primera coordenada; la segunda nos obliga a distinguir entre la perennidad de los elementos de carácter integrador y las estrategias de acción y codificación, claramente coyunturales.

Así, el mito nación, étnico-nacional, es un elemento claramente primordialista y perenne: la nación, su asunción, es un valor que «funda» una significación nueva basada en la «perennidad» histórica de su elemento étnico. Por su parte, los elementos del mitologema étnico, los rasgos diacríticos, gozan también del carácter primordial (fundamentan el mito), pero, sin embargo, están afectados por una cierta coyunturalidad por cuanto están sobredeterminados en su contenido por el concepto mítico (nacionalidad como voluntad) y, por consiguiente, por las necesidades coyunturales a las que éste intenta dar respuesta. Así, mientras el mito étnico-nacional en su predicación se mantiene siempre idéntico, por cuanto es pura forma, valor que se afirma, el mitologema se ve afectado por la coyuntura particular desde la que se acude a él en busca de fundamentación mítica, de manera que unos elementos serán coyunturalmente destacados sobre los demás, y llenados de la nueva historicidad del concepto, al tiempo que otros son silenciados.

Las tres funciones que cumple el mito están representadas por el momento parenético, resultado de la asunción mítica como «nueva evidencia social» que tiene como consecuencia una nueva conceptualización de la realidad social a que éste se refiere, un nuevo sentido que reclama una nueva estrategia de acción. Agrupa, pues, los elementos propios de la identidad (cohesión), la codificación social (esclarecimiento) y la estrategia política (movilización). Estos elementos están afectados también por el vector perennidad-coyunturalismo. Así, los fenómenos de identidad, en su doble vertiente de generación del estereotipo fundamental que permite diferenciar al nacional del no-nacional y de autoidentificación del «consumidor» del mito, son perennes por cuanto la identidad es nacional y goza, por ello, de la perennidad histórica de ésta, pero tienen un carácter situacional en la medida en que estratégicamente el «nosotros» adopta matices particulares en la dialéctica de las identidades: excluyentes, complementarias o situacionales¹⁵.

Por su parte, los elementos propios de la codificación, en sus aspectos sociales y formales, así como los de la estrategia concreta de acción colecti-

¹⁵ PÉREZ-AGOTE, *op cit.*

va, tienen un carácter situacional no perenne¹⁶, ya que son los elementos más ajustados al presente y, por ello, son deudores de la coyuntura política y social a la que se trata de dar respuesta y de la particular codificación de la situación nacional y su dialéctica con el exterior. En esta perspectiva creemos que se pueden establecer entre estos cuatro elementos determinadas corrientes de influencia que permitirán comprender el proceso de construcción discursivo de la identidad nacional y su reproducción.

3. EL MODELO REPRODUCTIVO DEL SISTEMA IDEOLOGICO NACIONALISTA

Teniendo en cuenta que, como señalamos, una de las características del mito étnico-nacional, como núcleo articulador del discurso nacionalista, es la de constituirse como un «núcleo firme» (caracterizado por su irrefutabilidad, dada su cualidad de valor que genera las condiciones discursivas en las que el discurso mítico puede aparecer), se podría conceptualizar el discurso nacionalista como un sistema cerrado, esto es, que no intercambia ni energía ni información con su entorno (político, económico o social). Tal consideración sería correcta si nos limitásemos al estudio sincrónico del nivel profundo del sistema ideológico. Efectivamente, el núcleo fundacional consiste en un sistema cerrado que explicita las restricciones propias del proceso de producción ideológica. Sin embargo, el proceso ideológico ha de ser comprendido en su dinámica real de producción, comunicación y consumo; por ello ha de ser comprendido diacrónicamente, en movimiento. Esto es, la producción de significaciones ideológicas consiste en un sistema abierto de «reproducción» del sistema ideológico en situaciones históricas cambiantes.

Como vimos, el mito responde a una situación histórica particular que lo reclama y que constituye su «modelo generativo de significación». En nuestro caso, dicho modelo generativo se concreta en un particular «modo nacional de organización» que explicita un determinado estado de las relaciones de producción. En este sentido, la «construcción» de la nación es el proceso de construcción de una identidad colectiva (diferencial y conflictual) y de una evidencia social enfrentadas a otra identidad y otra evidencia. Por ello, la construcción del mito nacional no es algo gratuito, sino que responde, como pudimos ver, a una necesidad histórica y cumple unas funciones pragmáticas, entre las que destacan especialmente la de «esclarecimiento» (hablar de, nombrar y hacer asequible la complejidad de lo real), la «cohesión» y la «movilización». Así habría que hablar de un sistema abierto, en la medida en que toma energía e información del medio

¹⁶ RUIZ OLABUENAGA, *op. cit.*

(es la respuesta a una situación conflictiva que lo reclama) y aporta energía e información al medio a través de la intervención política y cultural. Intentaremos, pues, en las páginas que siguen, reproducir esquemáticamente el equilibrio que se da entre los cuatro componentes del discurso nacionalista.

Parece difícil atribuir la primacía, genética o estructural, de la articulación discursiva, y de su reproducción, a cualquiera de los cuatro elementos articulados en la doble coordenada. Dar primacía a la perennidad de la nación, del mito nacional, nos colocaría en una postura idealista; de manera semejante, primar los elementos identitarios o étnicos (mitologema) supondría adoptar una perspectiva «sustancialista» o «primordialista»; al tiempo que reducir el fenómeno a una causación estrictamente situacional y coyuntural, desde una perspectiva débilmente materialista, implicaría desprestigiar el importante papel que los elementos propios del imaginario colectivo juegan en la conformación de las «evidencias sociales». Por ello intentaremos desarrollar un modelo que muestre la íntima interrelación de estos cuatro elementos interiores al discurso nacionalista y sus intercambios con el exterior. Este representa un sistema abierto en el que se ha prestado especial atención, por el carácter mismo del presente estudio, a los elementos internos y su dinámica reproductiva. Junto a ellos aparecen los momentos de apertura del sistema y los diversos momentos estructurales que caracterizan el discurso nacionalista.

Iremos analizando el modelo propuesto dividiéndolo en los diversos subsistemas que pueden ser descritos en su seno. Podría decirse que unos son «anteriores» a los otros, atendiendo a su posición genética, histórica o individual; sin embargo, creemos que todos ellos están simultáneamente implicados de manera sincrónica en el discurso nacionalista. Al tiempo que un desarrollo temporal, suponen niveles distintos de articulación del discurso, que abarcan desde el sentimiento diferencial a la acción política nacionalista, pero todos actuando simultáneamente en una compleja red de sobredeterminaciones. Pese a todo, y en atención a la simplicidad expositiva, iremos avanzando de los más simples a los más complejos, para finalmente establecer una visión de conjunto.

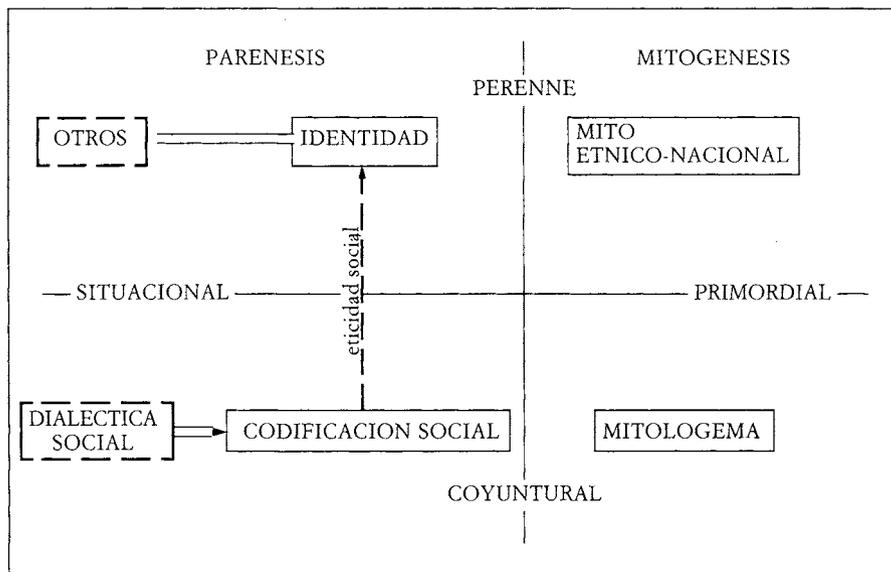
Subsistema 1: diferencia (gráfico 3). Todo fenómeno de identidad social es siempre resultado (estrategia) de un conflicto (enfrentamiento). Un conflicto entre comunidades puede generar en ellas estereotipos identitarios que marcan precisamente las diferencias¹⁷. La constatación del conflicto supone una CODIFICACION SOCIAL (como diferentes, oprimidos, superiores, etc.) que consiste en la primera representación ideológica de dicho conflicto. Una identificación primaria y difusa con la colectividad en torno al conflicto (ETICIDAD SOCIAL) que genera una IDENTIDAD de

¹⁷ F. BARTH, (comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, FCE, 1976.

carácter colectivo y difuso que establece el primer estereotipo «nosotros-otros». Se trata de un proceso común a toda sociedad, grupo, clase, etc., sin que implique, por el momento, ninguna construcción ideológica superior (étnica o política).

GRAFICO 3

Subsistema 1: Diferencia

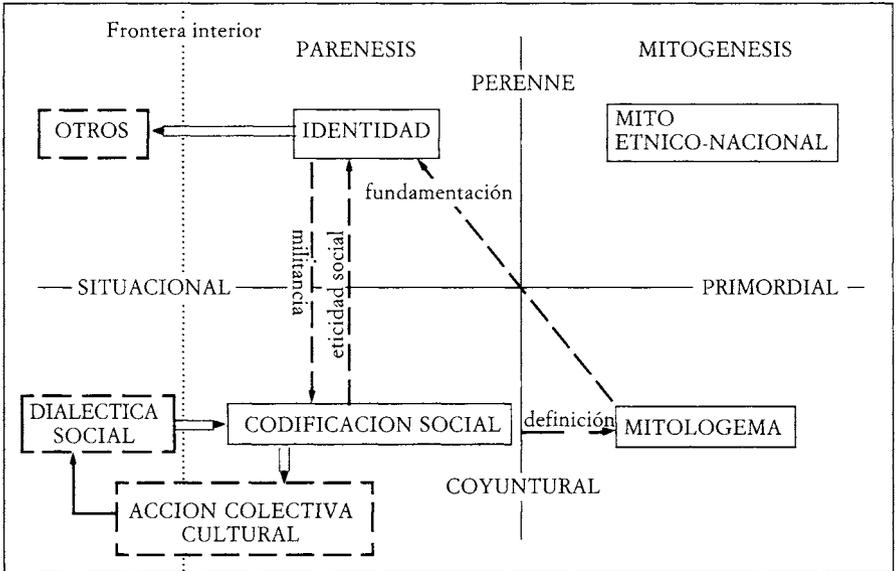


Subsistema 2: identidad étnica (gráfico 4). La CODIFICACION SOCIAL, resultante del conflicto, que en el subsistema 1 genera una identidad diferencial difusa, puede encontrar, como términos de concreción de la diferenciación, determinados elementos diacríticos (MITOLOGEMA) que fundamenten la identidad colectiva. Ya no sólo se es diferente, sino que gracias a dichos elementos diacríticos se es «idéntico». El tránsito de la primaria codificación social a la delimitación de los elementos diacríticos, a través de su DEFINICION, y la FUNDAMENTACION de una IDENTIDAD étnica, supone ya el establecimiento de unas FRONTERAS INTERIORES definidas por dichos elementos étnicos. A partir de esta articulación queda fundada la identidad étnica (cultural) que establece el estereotipo «propios/ajenos» y posibilita una nueva CODIFICACION SOCIAL más sólidamente constituida. Esta implica el compromiso (MILITANCIA, etnicidad) y acción decidida de determinados agentes sociales que desde el

ámbito de la cultura (historia, etnografía...) establecen con claridad los límites fronterizos de carácter histórico-cultural. Estamos ante la identidad étnica que define una ACCION COLECTIVA de carácter CULTURAL.

GRAFICO 4

Subsistema 2: Identidad étnica

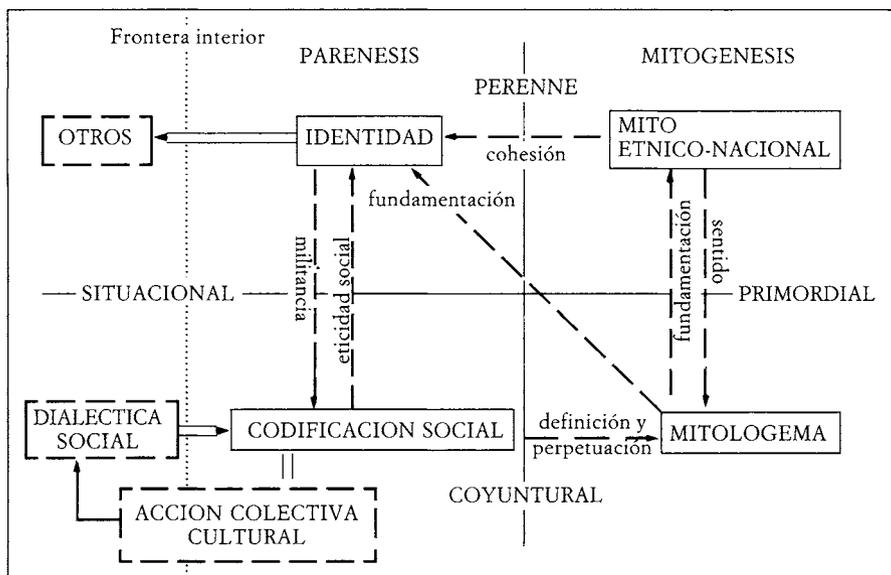


Esta acción colectiva se orienta tanto al interior como al exterior de las fronteras, y se constituye como un elemento más de la DIALECTICA SOCIAL. La ACCION CULTURAL COLECTIVA, como en otro momento ocurrirá con la política, reproduce en la praxis los términos de la codificación social en función de los elementos diacríticos. Por ello, su incorporación como un elemento nuevo, y diríamos que radicalmente relevante, de la «evidencia social» genera una nueva situación de la DIALECTICA SOCIAL, introduciendo elementos conflictuales de carácter superestructural (cultural). Esta «renovada» DIALECTICA SOCIAL se incorporará, en un proceso de retroalimentación, al sistema y determinará los términos de su reproducción. Vemos, pues, cómo este segundo subsistema, más complejo que el primero, presenta una «entrada» en el sistema (diríamos que ésta es la energía exterior de que se dota el mismo) y produce dos salidas que marcan los límites culturales y existenciales de la frontera interior («otros» y «acción colectiva cultural»).

Subsistema 3: identidad nacional (gráfico 5). La IDENTIDAD étnica establece, acudiendo a elementos de CODIFICACION CULTURAL, una codificación social más sólida que reafirma los elementos diacríticos que, ahora ya, son étnicos. En otras palabras, tras la delimitación (DEFINICION) de los elementos diacríticos viene la PERPETUACION a través de la MILITANCIA (voluntad de significación nacional) de los agentes que se sienten llamados (ETICIDAD SOCIAL) a defender las FRONTERAS interiores de la amenaza exterior. A través de la PERPETUACION, el mitologema se asienta y puede FUNDAMENTAR la construcción de MITO ETNICO-NACIONAL. Se trata de una nueva dimensión discursiva de gran importancia por cuanto es el MITO el que posibilitará la génesis de una nueva «evidencia social» sólidamente construida.

GRAFICO 5

Subsistema 3: Identidad nacional



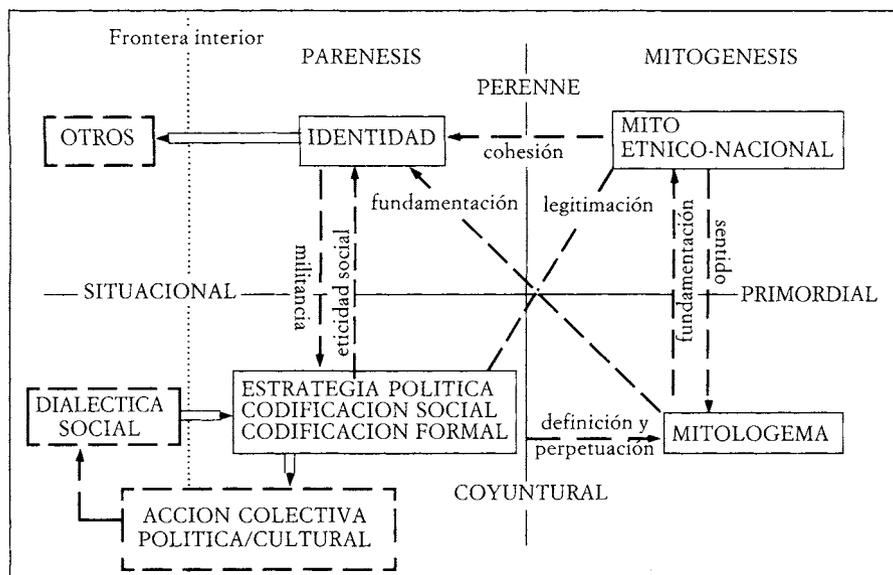
El MITO genera un ámbito nuevo de SENTIDO que hace posible integrar armónicamente los elementos MITOLOGEMATICOS que, de nuevo, en un proceso tautológico, FUNDAMENTAN el MITO. Pero, sobre todo, el MITO, su consumo, permite el paso de una identidad étnico-cultural a otra de carácter político. La definición de las FRONTERAS interiores implica ya la delimitación no sólo del ámbito geográfico-cultural

a que se ajustan, sino la definición de quién es «propio» de la comunidad. Se trata de un proceso de COHESION (no solamente identificación) y coerción ideológica que delimita el estereotipo «nacional/no-nacional». Este subsistema es el resultado del primer proceso de retroalimentación (acción colectiva-dialéctica social) que vimos en el subsistema anterior. La incorporación de los rasgos diacríticos, plasmados en la CODIFICACION SOCIAL, a la DIALECTICA SOCIAL introduce un nuevo elemento en las relaciones sociales que experimenta un proceso semejante a la «profecía que se autocumple»¹⁸. De esta forma, cuando dicha definición revierte nuevamente sobre el sistema no hace sino confirmar dicha CODIFICACION SOCIAL (reflexividad)¹⁹, PERPETUAR los elementos mitologemáticos y posibilitar desde éstos la FUNDAMENTACION del MITO NACIONAL que introduce una nueva dimensión cuyas consecuencias se observarán claramente en el siguiente subsistema.

Subsistema 4: legitimación nacional, acción política y nacionalismo (gráfico 6). El MITO genera una IDENTIDAD de nuevas dimensiones, que no

GRAFICO 6

Subsistema 4: Legitimación nacional



¹⁸ R. K. MERTON, *Teoría y estructura sociales*, México, FCE, 1989, pp. 505 y ss.

¹⁹ POLLNER, *op. cit.*

es sino una expresión más decantada formalmente de la identidad étnica, que posibilita (voluntad de significación nacional) la cristalización de la CODIFICACION SOCIAL y, sobre todo, la CODIFICACION FORMAL de la comunidad. Esta nueva codificación es ya una definición político-institucional de la «evidencia social» defendida y viene LEGITIMADA desde la asunción del mito. Esto introduce un nivel nuevo en el sistema. Ahora aparece, con una fuerza que será determinante, el elemento legitimador en un sistema que hasta ahora había estado caracterizado por procesos de «definición», «fundamentación», construcción de «sentido», etc. A partir de ahora, además, está LEGITIMADO desde un «valor» superior que sintetiza la totalidad del sistema connotativo: LA NACION. A través de ella, de su consumo mítico, como vimos anteriormente, se sustantiviza toda la dinámica del sistema ideológico y se propicia (COHESION) una nueva IDENTIDAD de carácter político que incorpora a su seno la contradicción, aunque sólo sea a nivel lógico, «nacional/no-nacional». Estas nuevas IDENTIDAD, CODIFICACION SOCIAL y FORMAL reclaman (ETICIDAD SOCIAL) la intervención social y política (MILITANCIA) en defensa de las FRONTERAS interiores (etnia). Se trata de la definición de ESTRATEGIAS POLITICAS de acción colectiva que vienen también LEGITIMADAS desde el universo de SENTIDO fundado por el MITO. Se establece así una nueva «salida» del sistema a través de la acción, en que se conjugan lo político y lo cultural, que introduce, en un nuevo proceso de retroalimentación, variaciones sustanciales en la situación de las relaciones sociales establecidas. El proceso a partir de ahí es semejante al observado en el subsistema anterior, pero notablemente amplificado: La incorporación de la CODIFICACION FORMAL, mediante la acción política, a la definición de las relaciones sociales introduce nuevas dimensiones al conflicto, de entre las cuales sobresale la incompatibilidad de las dos «evidencias sociales» coexistentes. Definir la comunidad como nación implica, lógica y necesariamente, negarla como parte de otra nación. De esta forma, el conflicto social se torna en conflicto nacional. Este giro sólo es posible porque, como analizamos precedentemente, el consumo del mito nacional genera las propias condiciones discursivas en que la nación, bajo todas sus perspectivas, puede aparecer, ser predicada (aspecto connotativo) y convertirse en una «evidencia social y política» legitimada. Por ello el sistema se dota de una «entrada» que le aporta una «energía» nueva y mayor que en los anteriores subsistemas. Así, mediante un proceso de retroalimentación «tautológica» se posibilita la reproducción total del sistema.

Hay que señalar que en el discurso nacionalista, como en cualquier discurso político, a cuya dinámica nos estamos ciñendo sin pretensiones de extrapolaciones mayores, la DIALECTICA SOCIAL, las relaciones sociales que sirven de «entrada» al sistema, son tomadas en los términos de su «definición», o conceptualización, posibilitada desde la asunción del «núcleo firme» que genera el universo de sentido del discurso. En otras pala-

bras, en este último momento del sistema las relaciones sociales no son tomadas en su «realidad» histórica, lo que sería imposible por otra parte, sino desde su conceptualización como un «fenómeno» particular sobredeterminado ideológicamente desde una posición de valor previa, desde un prejuicio. Por ello, desde que la voluntad nacionalitaria PERPETUA en su CODIFICACION SOCIAL y FORMAL los elementos del MITOLOGEMA y FUNDAMENTA la emergencia del MITO-NACION, la conceptualización de las relaciones sociales y de los elementos identitarios que de él se derivan pasan a formar parte de la «realidad» social que los consumidores de mito habitan. Esto imprime un giro radical en el sistema discursivo, de forma que cualquier «salida» del sistema (acción político-cultural colectiva o estereotipo identitario) no hará sino perpetuar el «prejuicio» que funda el sentido desde el que se conceptualiza la realidad.

El sistema ideológico del mito nacional queda así perpetuado y se reproduce incesantemente sin que ninguna confrontación con otra «evidencia social» o «juicio existencial» tenga posibilidades de ponerlo en cuestión. Esto sólo es posible a través de la negación del prejuicio, del valor fundacional, del mito mismo. Ahora bien, en la medida en que el mito-nacional genera un universo de sentido en que «lo real» se constituye, el consumidor del mito pasa también a formar parte de esa particular «realidad», en un proceso de identificación y cohesión, quedando así «atrapado» en la «evidencia social» adoptada. En esto se diferencia la ideología nacionalista de otras ideologías políticas. La primera implica «necesariamente» un compromiso existencial de carácter ontológico²⁰, mientras que las otras no, o al menos no necesariamente. En este sentido, la ideología y práctica nacionalista se ajusta al tipo ideal weberiano de racionalidad axiológica²¹, mientras que las propias del ámbito interno del

²⁰ Como señala Giddens (1987, p. 178): «El nacionalismo es, en una sustancial parte, un fenómeno psicológico, que engloba necesidades y disposiciones, en contraste con la nación-estado, que es un fenómeno institucional. Para captar su importancia debemos tener en cuenta las necesidades que satisface. El significado del nacionalismo en el mundo moderno es absolutamente claro si lo vemos en relación con el declinar de la tradición y con el carácter fragmentario de la vida cotidiana en la que tradiciones perdidas son parcialmente retomadas. Esto se aplica tanto a las sociedades modernizadas como a aquellas que están sufriendo problemas culturales o conflictos. Estas circunstancias vuelven frágil lo que Laing llama la "seguridad ontológica" sobre la que está basada la vida diaria. Seguridad ontológica significa la seguridad de disponer de rutinas sentidas como garantizadas, lo que da un sentido de continuidad al ser. En las culturas tradicionales la estructura sostén de la seguridad ontológica está bien asegurada por la continuidad de prácticas en la comunidad local. Pero en las sociedades de gran escala, en las que la rutinización ha reemplazado sustancialmente a la tradición —donde el significado moral y la autorrealización se han retirado a los márgenes de lo privado—, los sentimientos de comunalidad del lenguaje y pertenencia a una comunidad nacional tienden a formar una base que contribuye al mantenimiento de la seguridad ontológica» (*Social Theory and Modern Sociology*, Cambridge, Polity Press, 1987, p. 178).

²¹ Max WEBER, *Economía y Sociedad*, México, FCE, 1979.

SITUACIONAL-PERENNE Y SITUACIONAL-COYUNTURAL, son fundamentalmente parenéticos; esto es, constituyen el momento pragmático del discurso. Son la consecuencia del consumo del discurso mítico, sea como encarnación del mito en sus consumidores (IDENTIDAD), como nueva «evidencia social» generada desde el universo de sentido instaurado por el mito (CODIFICACION SOCIAL Y FORMAL), o como acción encaminada a la defensa y reivindicación de esa «evidencia social» (ESTRATEGIA POLITICA).

Es posible establecer también una agrupación horizontal de estos elementos, en función del eje perenne-coyuntural. De esta forma podemos decir que los elementos PERENNE-PRIMORDIAL (mito) y PERENNE-SITUACIONAL (identidad) cumplen la función de integración. El Mito se consume como un valor universal, que dota de un nuevo sentido la realidad a que se refiere, connotándola y cohesionando a todos los consumidores como idénticos, permitiendo así su integración en función del mito. Son estos dos elementos los que permiten establecer el estereotipo fundamental: «nacional/no-nacional». Los elementos coyunturales son los depositarios de la función codificadora, consistente en definir tanto los rasgos diacríticos soportes de la identidad y fundamentadores del mito, como los elementos constitutivos de la «evidencia social» que el mito nombra; se trata, pues, de una función «esclarecedora».

Esquemáticamente, podríamos resumir lo antedicho en los siguientes términos:

Momento A: Mitogenético-integrador. Es el mito étnico-nacional cuyas funciones son: la génesis de un sentido nuevo, la cohesión del grupo y la legitimación de la «evidencia social» y de su codificación y estrategia reivindicativa.

Momento B: Mitogenético-codificador. Se trata de los elementos mitologemáticos, o rasgos diacríticos, que cumplen la doble función de «fundamentar» tanto el Mito como la Identidad desde él generada.

Momento C: Parenético-integrador. Se trata de la identidad comunitaria. Tiene una función movilizadora por cuanto supone una toma de conciencia de los agentes sociales que se refleja en una MILITANCIA reivindicativa de la comunidad. Asimismo, es el elemento que establece, de forma más evidente, los límites de la frontera interior mediante la génesis de los estereotipos.

Momento D: Parenético-codificador. Lo constituyen el conjunto de codificación social/formal y la estrategia de acción colectiva. Es el momento más dinámico del sistema, ya que cumple la función de definir los rasgos comunitarios en función de las relaciones sociales conflictuales, cumpliendo así la doble función de primaria «toma de conciencia», generadora de los primeros estereotipos diferenciadores (ETICIDAD SOCIAL), y de DEFINICION Y PERPETUACION de los elementos diacríticos que defi-

nirán la comunidad nacional. Por otra parte, en él se diseñan las estrategias de acción política y cultural de reivindicación nacional, provocando así la «salida» del sistema con más capacidad pragmática de transformación del medio.

El modelo propuesto consiste, pues, en un sistema abierto, esto es, que intercambia energía e información con el medio. Del medio toma la primaria energía que lo pone en funcionamiento: el conflicto generado por unas relaciones sociales y políticas desiguales (Modo nacional de organización). Esta es la realidad a la que el mito responde; recordemos que, como señala Barthes, el mito tiene siempre una motivación pragmática. El sistema mítico se pone en funcionamiento precisamente para dar respuesta a esa situación, para comprenderla («esclarecimiento») y, mediante la «construcción» de una nueva «evidencia social» («cohesión»), transformarla («movilización»). Por ello, mientras persista el conflicto, bajo la forma que sea (económico, político, cultural), el sistema seguirá funcionando, pues seguirá recibiendo energía para ello; en otras palabras, seguirá siendo funcional. Es también del medio de donde el sistema extrae la información necesaria para su funcionamiento. Como mostramos en su momento, siguiendo a Barthes, el mito consiste en una segunda articulación que trabaja sobre el sentido de la primera articulación lingüística transformándola en pura forma y rellenándola de una nueva historicidad. Es, recordémoslo, de este fondo de sentido, siempre a disposición del concepto mítico, de donde se extraen los elementos de concreción del mito, el mitologema. Comprobamos también cómo dichos elementos se articulaban en torno a la Historia, que fundamenta, autoriza y legitima los tres elementos de la articulación mítica. Por ello, podemos decir que el sistema mito tiene una doble fuente de información: la proporcionada por los términos en que están establecidas las relaciones sociales en un momento determinado y la lectura histórica de esas relaciones.

Por su parte, el sistema aporta información y energía al medio. Las dos salidas que presenta contienen una gran carga informativa. En primer lugar, a través de la construcción de la identidad colectiva (identidad nacional) se establecen las fronteras entre dos comunidades señalando los rasgos diferenciales entre ellas. Por su parte, la acción colectiva hace emerger nuevos elementos de la realidad social: la producción de elementos de cultura, la conceptualización de aspectos de la realidad antes «inexistentes», la génesis de nuevos grupos sociales organizados, etc. Todo ello consiste en una «información» novedosa producida por el sistema mítico-nacional con un gran poder de transformación social. Esta información aportada al medio se transforma en energía cuando se incorpora a la dialéctica social. Tanto la definición de las «evidencias sociales» como la acción cultural y política colectiva orientadas desde el mito nacional, modifican los términos en que se establecen las relaciones sociales y políticas a

través de un consumo energético, tanto por parte del sistema mítico como por la del medio, cuya manifestación más evidente la constituyen los enfrentamientos y conflictos.

Pero no es sólo el consumo energético lo característico, sino también la producción de energía; cualquier modificación de los términos en que se concretan las relaciones sociales supone una «inyección» energética al medio por cuanto suponen una reacción a fin de dar cuenta de dichas modificaciones. De esta forma, la acción colectiva (*output* sistémico) transforma la «realidad» de la dialéctica social que servirá de energía (*input*) al sistema. Se establece así un circuito de retroalimentación que permite dar cuenta de las variaciones temporales (historia) que experimentan los aspectos estratégico-codificadores del sistema ideológico mítico-nacional. Esto no es sino lo mismo que, con otras palabras, afirmábamos al decir que el consumo del mito genera las condiciones de posibilidad de la emergencia del discurso mítico.

Nos resta por analizar el funcionamiento del sistema internamente en función de la energía y la información que toman y producen. Podemos distinguir una clara dualidad funcional al respecto. Los elementos integradores (MITO e IDENTIDAD) son los más energéticos en el sentido de que a ellos corresponden las funciones «motoras» —*mythomoteur*²²— de la dinámica interior del sistema: cohesión, voluntad de significación nacional, legitimación y génesis de sentido. Es en estos dos elementos donde el mito nacional se transforma en «valor» generador de sentido y movilizador. Por su parte, los elementos estratégico-codificadores «procesan» y generan información. Desde ellos se codifica, se nombra y caracteriza a la comunidad en atención a la coyuntura histórica. Sus funciones son básicamente informativas: definición, fundamentación, eticidad. Es el juego de intercambios entre información y energía dentro del sistema entre elementos integradores y codificadores lo que hace posible la reproducción del sistema mítico-nacional. Es decir, el discurso mítico-nacional no podría subsistir sin la energía generada por el mito en su consumo como «valor» primordial, pero tampoco podría hacerlo sin la información que lo fundamenta «sustantivamente» o que lo expresa y concreta en una particular «evidencia social» plausible en el medio en que se desenvuelve el discurso.

Ahora bien, estos dos momentos, integrador y codificador, se sitúan en los polos opuestos del eje perenne-coyuntural; esto quiere decir que mientras que ni el mito (la predicación de la nación) ni la identidad (la comunión en el mito) son susceptibles de cambio, pues son puro valor (pura forma), los elementos estratégico-codificadores están sujetos a transformaciones, aunque de distinto ritmo, ya que han de adaptarse a las particularidades de la coyuntura histórica en que trabajan. Estos son los encargados

²² John A. ARMSTRONG, *Nations Before Nationalism*, Univ. North Carolina Press, Chapel Hill, 1982, p. 9.

de articular y modular el discurso, a fin de hacerlo efectivo. En otras palabras, en los elementos integradores no se establecerá ningún tipo de articulación diferenciadora, mientras que los elementos estratégico-codificadores tienen por misión articular las diversas modulaciones del discurso.

Estas diferenciaciones y transformaciones en los elementos estratégico-codificadores vienen dadas por su íntima relación con las variaciones experimentadas en el medio en que evoluciona el sistema, en la concreción histórica del modo nacional de organización. Por una parte, tenemos las variaciones en las relaciones sociales y su correspondiente articulación política en cuyo marco ha de actuar el discurso nacionalista; de otra parte, tenemos el avance de los conocimientos de las ciencias sociales, que obligan a desechar ciertos presupuestos mitologemáticos (raza, celtismo, etc.) para destacar como centrales otros más acordes con la ciencia y el conocimiento actuales (historia, cultura, etc.). En definitiva, los elementos estratégico-codificadores han de depurar constantemente, en función de la información obtenida del medio, las diversas concreciones del mito (a fin de que no quede obsoleto o inoperante) y las estrategias reivindicativas propuestas (para que sean eficaces).

Podemos, pues, decir que los elementos integradores son altamente entrópicos (con alta carga energética pero poca información), mientras que los estratégico-codificadores son básicamente neguentrópicos (más información que energía). Es decir, la predicación y consumo del mito (la afirmación nacional) está caracterizada por ser una posición de valor previa a la formulación de cualquier discurso (podríamos decir que en este sentido responde a la «ética de la convicción» weberiana) en torno a la que sus consumidores se agrupan (cohesión) indiferenciadamente. Si nos mantenemos en la pura afirmación nacional (requisito para gozar de legitimación «nacional» o «nacionalista», según pudimos ver), todos los que se acojan a ella son semejantes y, por lo tanto, indiferenciables entre sí. Esto es lo que explica el estereotipo «nacionalista/españolista». Si el nacionalismo se mantuviese en esa pura afirmación no pasaría de ser, como así ocurrió históricamente, una actitud ética sin la menor capacidad transformadora. El nacionalismo, en cuanto se pretende reivindicativo y transformador, a través de la acción colectiva, se torna político. En ese momento la predicación de la nación se conjuga con la articulación de discursos inmersos en, y por ello influenciados por, el espectro político del medio en el que actúa. Aparecen así nacionalismos políticos (desde posiciones de derecha tradicional a posturas de izquierdismo radical) y culturales (de recuperación de esencias o de producción «normalizada» de cultura actualizada) que establecen entre ellos las tensiones propias de la dinámica política y cultural del entorno. La política aparece así como subsidiaria del mito en el sentido de que no se trata de una voluntad política fundacional de la nación, sino de un movimiento inspirado por la eticidad social sobredeterminada por el

mito étnico-nacional. Es la consecuencia ética del «descubrimiento» de la realidad nacional, previamente existente, que reclama su reivindicación; se trata, por tanto, de una voluntad étnico-política.

Los elementos estratégico-codificadores establecen una diferenciación (un orden) entre los consumidores (indiferenciados) del mito nacional, volviendo de esta forma eficaz el discurso nacionalista. Ahora bien, la diferenciación, la acción político-cultural necesita un cierto distanciamiento del mito, ya que, a fin de establecer estrategias efectivas, es necesaria una concreción de intercambios con el medio (praxis) que se aleja de la vacuidad propia del mito. Las estrategias políticas se desarrollan en un medio en el que están obligadas a definir sus posiciones dentro del espectro político definido fuera de las fronteras interiores. En otras palabras, cada familia ideológica adoptará posturas acordes con el eje político derecha-izquierda, estableciendo así una discontinuidad entre los diversos consumidores del mito. Por otra parte, las formaciones nacionalistas, como toda fuerza política, han de delimitar su espacio por oposición a las demás. En este caso, dicha delimitación ha de realizarse tanto en el eje «nacionalista-españolista», como en el propio de la dicotomía «derecha-izquierda». Se establece así un doble frente en el entorno político: como nacionalistas han de definirse frente a los no nacionalistas, pero como actores políticos se ven empujados a identidades programáticas con sus homólogos no nacionalistas en el eje derecha-izquierda. Así, la estrategia diferencial dentro del nacionalismo lleva a que propuestas o acciones emprendidas por un grupo nacionalista sean cuestionadas por otros como «poco nacionalistas» o incluso «no-nacionalistas». En otros términos, lo que los elementos estratégico-codificadores ganan en información (acción colectiva) lo pierden en energía (legitimación) y, a la inversa, el consumo de energía (consumo del mito, legitimación y cohesión) implica una pérdida de información (indiferenciación e ineficacia).

Por ello, el sistema ha de intentar reproducir el equilibrio entre energía e información, entre entropía y neguentropía. Para ello, el sistema discursivo-ideológico mítico-nacional se dota de un recurso que es común en la práctica nacionalista y está constantemente presente en la vida política. Dicho recurso no es sino un proceso de retroalimentación negativa consistente en reclamarse pública y periódicamente, de manera destacada, del mito nacional. Desde las conmemoraciones colectivas («Día da Patria Galega», «Diada», «Aberri Eguna» o «Día de la Hispanidad») en las que fraternal e indiferenciadamente todos los nacionalistas renuevan la afirmación de la nación (reproduciendo de esta manera los estereotipos de la subcultura nacionalista que permiten el establecimiento de vínculos afectivos y políticos más allá de las diferencias²³), hasta declaraciones públicas o

²³ Como señala Moya: «... toda sociedad asegura, dentro de ciertos límites, su propia reproducción y perduración dentro de los límites mítico-rituales que rigen la identidad litúrgica de su propia cultura, sobredeterminando dramáticamente el comportamiento personal

movimientos estratégicos de afirmación (como las recientes iniciativas en favor del derecho de autodeterminación), o las negativas a pactos de acción con fuerzas no nacionalistas afines, negativas justificadas sobre la base de la no asunción del mito por parte de éstas. Este recurso consiste básicamente en un explícito realineamiento con el resto de los «nacionales», los consumidores del mito nacional, perpetuando el mito y dotándose de renovada energía (legitimidad) para, de nuevo, volver a la actividad política estratégica diferencial (información) hasta que alguna perturbación práctica obligue a emplear de nuevo el recurso legitimador de la retroalimentación negativa. De esta forma se mantiene el equilibrio del sistema y se fortalecen las fronteras interiores reproduciendo incesantemente el sistema ideológico-discursivo de la nación.

y colectivo de sus mortales y hablantes actores, a lo largo y ancho de los múltiples y ritualizados escenarios donde acontece su existencia social» («Identidad colectiva: un programa de investigación científica», REIS, núm. 25, 1984, pp. 7-35).

NOTAS DE INVESTIGACION